

Films de AMOR

LA LOCA AVENTURA



Num.
271

Films.
25

MARIE GLORY - JEAN MURAT - Marie Bell

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA. 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 271

LA FOLLE AVENTURE

1930

LA LOCA AVENTURA

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por la eminente trágica

MARIE BELL

y secundada por los simpáticos actores

MARYE GLORY y JEAN MURAT

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

Exclusivas SUPER FILM

Diputación, 199

Barcelona

REPARTO

Nelly Irwin	MARIE BELL
Isabel	Marie Glory
Alfredo Stuberl	Jean Murat

Argumento de dicha película

En la imprenta de *El Globo*, uno de los diarios más importantes de París, las máquinas tejían su canto monótono y acompañado. En uno de los despachos Isabel y Jubine, mecanógrafa ella y reporter él, estaban nerviosos esperando noticias de su compañero Alfredo Stubert, que se hallaba en Ginebra a caza de acontecimientos.

—¿Será posible que no consiga Alfredo mandarnos un artículo sensacional?—decía Jubine a Isabel.

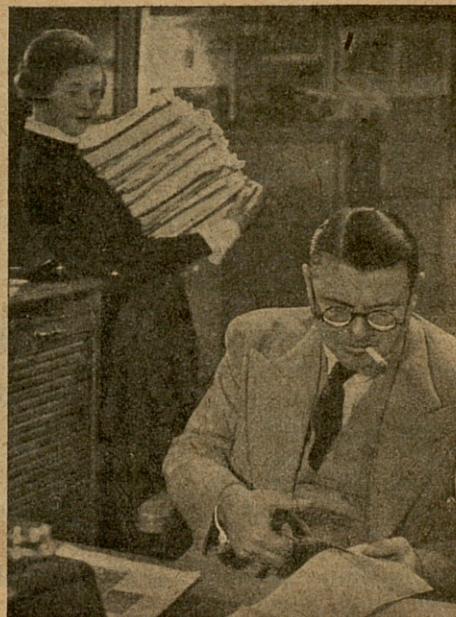
—No puede tardar en llamar a conferencia; son cerca de las nueve.

—Este viaje de Alfredo y su pereza me hueulen a chamusquina.

—¿Qué quiere usted decir, Jubine?—exclamó Isabel, mirándole inquieta.

—Lo de siempre, que a ese le van a volver loco las faldas.

Isabel calló y en su mirada pudo verse una íntima tristeza, pues apreciaba a Alfredo con una amistad que ella misma no se atrevía a preguntarse si sería amor.



—No puede tardar en llamar a conferencia.

Sonó el timbre del teléfono y ambos se precipitaron a coger el auricular, pero Isabel que estaba sentada ante la mesa llegó antes.

—¡Alló! ¡alló! diga. ¡Ah! ¿Es usted, Alfredo? ¿Qué hay de particular?

—.....

—¿Nada? Pero esto no es posible. El Director está indignadísimo con usted. Está usted perdiendo la buena fama que había ganado en París.

—Pero, hombre, intente usted algo.

—¿Que me va a dictar usted un artículo? Pues rápido, porque los minutos pasan. Estoy preparada. Dicte.

—¿La conferencia del Desarme? ¿Está usted loco? ¿Pero no sabe que esto no tiene ya interés alguno? Oiga... oiga..., Alfredo...

Jubine que escuchaba la conversación, preguntó:

—¿Qué sucede?

—No sé — exclamó Isabel. No contesta.

¡Alló!...

Trasladémonos a Ginebra, donde Alfredo Stubert estaba telefoneando.

En el momento en que iba a dictar un aburridísimo artículo que para salir del paso había confeccionado, oyó el ruido de dos detonaciones y acordándose sólo de su oficio de reporter, colgó el aparato y salió de su habitación corriendo.

Le había parecido que los disparos habían sido hechos en la habitación del piso inferior que caía precisamente debajo a la que él ocupaba. En los corredores se había agolpado



—¿Qué sucede?...

gente y enseñando su carné de reporter consiguió penetrar en la habitación. En la misma se hallaba el detective del Hotel, el Director y dos caballeros más. En el suelo pudo ver el cuerpo de un hombre al que un médico estaba reconociendo.

—¿Vive aún? — preguntó el dueño del hotel.

—La muerte ha sido instantánea — respondió el Doctor.

Al fin lograba Alfredo hacerse con un asunto interesante.

—¿Cómo se llama la víctima? — preguntó al detective.

—Es el banquero Spiller.

—¿Conoce usted los móviles que pueden haber originado el asesinato?

—Hace sólo unos minutos que acabo de entrar e ignoro cuanto ha sucedido. Sólo puedo decirle que el banquero Spiller poseía una cuantiosa fortuna y era una personalidad destacadísima en el mundo de las finanzas.

—Y el asesino ¿ha sido hallado?

—No, y nadie ha visto a persona alguna salir de esta habitación. El asunto se presenta hasta ahora muy confuso.

Pensó Alfredo que no se necesitaba más para hacer con aquellos datos un artículo sensacional y dirigiéndose a su cuarto pidió comunicación con París. A los pocos momentos se ponía al habla con Isabel.

—¿Es usted? Antes he interrumpido la comunicación porque acaba de cometerse un asesinato en el hotel donde me hospedo. Escriba, voy a dictarle: "El banquero Spiller ha sido asesinado..."

Una vez hubo dictado el improvisado artículo, producto casi todo él de su fantástica

imaginación, salió al corredor con objeto de saber algo más de aquel asunto que le prometía una buena información.

En el momento en que pasaba por el corredor en el que se hallaba su habitación, se abrió violentamente la puerta de un cuarto y un caballero le dió un empujón, al mismo tiempo que le decía:

—Perdone...

Oyó Alfredo, por la puerta que había quedado entreabierta unos sollozos de mujer, e intrigado detívose un momento a escuchar.

Como los sollozos no cesaban se atrevió a entrar en la habitación y pudo ver a una mujer que lloraba tendida boca abajo en un sofá.

Esta dióse cuenta de que alguien había penetrado en la habitación y poniéndose en pie exclamó:

—¡Oh, caballero! ¿Qué hace usted aquí?

—Le ruego que me escuse, señora. Pasaba casualmente por delante de su cuarto y la he oído llorar.

La muchacha que tenía el rostro surcado por las lágrimas era guapísima y su pelo negro lanzaba reflejos casi azules.

—Caballero, salveme usted. No sé quién es usted, pero le ruego que se compadezca de mí.

—¿En qué puedo servirla? — preguntó Alfredo extrañado y, sin embargo, interesado por aquella aventura.

—No me pregunte nada, se lo ruego. Lo único que le pido es que me lleve lejos de aquí.

Al levantarse Nelly, que así se llamaba la joven, había hecho un brusco movimiento y como no llevaba más ropa que un sencillo kimono sin ajustar, dejó ver a Alfredo un cuerpo maravilloso y casi desnudo.

—Cálmese, señora y dígame qué puedo hacer por usted.

—Es preciso que inmediatamente me acompañe usted hasta la frontera.

—¿Hasta la frontera?...

—Sí, le aseguro que le quedaré reconoci-dísima y que no tendrá usted que arrepentirse de esta buena acción.

Nelly, se había acercado a Alfredo y sus cuerpos casi se rozaban.

—Bien, vístase usted, yo voy a arreglar mi maleta y dentro de unos minutos la acompañaré en mi auto.

Momentos después el auto de Alfredo Stu-
bert se lanzaba por la carretera en dirección a la frontera francesa, a una velocidad ver-tiginosa.

—¿Quiere usted decirme ahora qué mo-tivos la han impulsado a esta huída?

—¿No los adivina usted?

—Por más que busco no logro dar con el verdadero motivo.

—Ya que se empeña usted en quererlo

saber, voy a decírselo: Al entrar en mi cuar-to en el Hotel ¿no encontró usted a nadie?

—Sí — respondió Alfredo —, tropecé con un señor que salía de su cuarto.

—Pues él es el culpable de todo.

—Me lo figuraba, pero ¿qué ha hecho él para que usted le abandone?

—No podía continuar más a su lado. Vivir con él es un martirio superior a mis fuerzas. Pero olydemos esto. Dentro de unos mo-
mentos nos hallaremos en Francia. ¿Piensa usted volver a Ginebra?

—Si usted no me lo impide, la seguiré hasta el fin del mundo — respondió Alfredo.

Nelly se acercó aún más a él y su mano le apretó el brazo.

—Cuidado Nelly, vamos a cien por hora; no me haga usted perder la cabeza o iremos a parar a un precipicio.

Llegaron a un pueblo distante de la fron-
tera, como dos kilómetros, y Alfredo detuvo el auto para proveerse de gasolina. Descen-dieron ambos del coche y entraron en un restauránt. Mientras estaban sentados toman-do un bocadillo oyeron por medio de un altavoz de radio al speaker de la estación emisora, que decía:

—“Atención: El Departamento Central de policía avisa á todos los ciudadanos que para atravesar la frontera será indispensable

la presentación de pasaportes debidamente autorizados. Esta medida excepcional ha sido decretada como consecuencia del asesinato de que ha sido víctima el banquero Spiller."

—¡Oh!—exclamó Nelly.
 —¿Qué le sucede?—preguntó Alfredo.
 —Que me he olvidado los pasaportes.
 —¿Está usted segura?
 —Sí.
 —Pero, ¿no los lleva en su maleta, en su bolso?
 —No—respondió Nelly—, los guardaba él.
 —¿Su compañero?
 —Sí.
 —Ya acaba usted misma de oír las órdenes dadas por la Policía; sin él no podrá usted atravesar la frontera, y se expone además a ser detenida.
 —Bien—dijo Nelly—. Volvamos a Ginebra. No sé cómo voy a pagarle tantas molestias.
 Subieron otra vez al auto y al cabo de unos segundos se dirigían otra vez a Ginebra.

SEGUNDA PARTE

El Gerente del diario *El Globo*, se paseaba por su despacho nerviosísimo. Jubine e Isabel aguantaban consternados el chaparrón que les caía encima, y del que no tenían la menor culpa.

—¡Esto es intolerable! Hace tres días que no hemos recibido noticia alguna de Stubert y estoy dispuesto a no aguantarle ni un momento más sus caprichos.

—Quizá el asunto Spiller requiere el más completo silencio—se atrevió a decir Jubine.

—¡Imbécil, es usted un imbécil! Atreverse a decir esto a un reporter; no sabe ustedes ni una palabra de su oficio. Conque silencio, eh? ¿Y la imaginación, y la fantasía? Si es incapaz de inventar artículos intrigantes, que se retire, que dimita.

Jubine no quiso abandonar a su amigo y respondió:

—Señor Director, si usted me lo permite, esta misma tarde puedo salir para Ginebra.

—¿Eso es todo lo que se le ha ocurrido? Llegará usted pasado mañana, y serán dos días más de ridículo. *Le Soir* de ayer noche

nos toma el pelo por nuestras sensacionales investigaciones, somos el único periódico de París que nada sabe respecto a ese crimen.

—Puedo estar en Ginebra esta misma tarde; a las dos sale el avión.

—¡Ah! ¿En avión? Bien. ¿Y qué hará usted allí?

—De momento no lo sé. Buscaré a Stubert y esta misma noche le telefonearé a usted dándole noticias.

—Bien, cuento con su palabra. Esta noche a las diez espero aquí la conferencia. Adiós. Isabel, se acercó a Jubine y le dijo:

—Yo me voy con usted.

—No diga tonterías.

—Sí, quiero saber qué le pasa a Alfredo.

—No sea niña, Isabel. Está usted enamorada de Alfredo y hace usted muy mal. No hay quien le haga sentar la cabeza.

—No diga usted eso, él no es malo.

—Yo no he dicho que sea malo, es el mejor chico del mundo y tiene un corazón de oro, pero las mujeres le traen chiflado. No he conocido a hombre más enamoradizo. Bueno, pequeña, usted se queda aquí y esta noche tendrá usted cuantos detalles desee, le prometo que convenceré a Alfredo para que la llame a conferencia.

—Gracias, Jubine. Buen viaje y recuerdos a Alfredo.

A las pocas horas, el avión que conducía

a Jubine aterrizó en el campo de aviación de Ginebra. En el momento en que descendía la escalera del avión vió a una joven que se dirigía a su encuentro y que le preguntaba resueltamente:

—¿Es usted el reporter de EL GLOBO?

—El mismo, señorita, ¿desea usted algo de mí?

—Sí, dentro de unos minutos salgo en aeroplano con dirección a París. Su amigo Stubert está en el Hotel Victoria y le agradeceré que le entregue de mi parte esta carta.

Jubine miraba a la joven con curiosidad y adivinó que ella debía ser la causa del prolongado silencio de Alfredo.

—Señorita, ¿puedo decirle a mi amigo que la he encontrado aquí y que se marcha usted a París?

—Dígaselo, si le parece bien — respondió ella, después de haber dudado un momento.

—Bien, que tenga usted buen viaje.

—Muchas gracias, adiós.

La joven que había hablado con Jubine era Nelly. Cuando, en vista de que era inútil pretender pasar la frontera, volvieron a Ginebra, se instalaron en un Hotel. Habían llegado ya muy avanzada la madrugada y se retiraron a descansar. A la mañana siguiente, Nelly, que había descendido al hall del hotel, distinguió, sin ser ella vista a Sorenzo, que era el hombre con quien Alfredo se trope-

zara saliendo de su cuarto la noche del asesinato del banquero Spiller.

Presa de pánico decidió inmediatamente escapar, y cogiendo de la maleta de Alfredo los documentos que acreditaban era reporter, salió en dirección al aeródromo y logró que le reservasen una plaza en el avión que salía para París. Por Alfredo había sabido que Jubine, según anunciaba en un telegrama, llegaría aquella tarde y escribió una carta despidiéndose de su amigo.

Jubine llegó al hotel e inmediatamente fué en busca de Alfredo.

—Hola, querido, supongo que no te extrañará que haya venido aquí.

Alfredo ignoraba aún la partida de Nelly, quien le había dicho que salía a comprar algunas cosas.

—Jubine, te agradeceré infinitamente que no me vengas con sermones.

—Tienes una frescura desconcertante. Supongo que no esperas que te traiga de París la calurosa felicitación del Director.

—No sé por qué dices eso...

Jubine se le quedó mirando boquiabierto.

—No pongas esa cara, estoy tras la pista del asesino del Banquero y con objeto de que el pájaro no se escape, no he querido escribir ni un sólo artículo.

—Alfredo, nos conocemos, déjate de his-

torias chinas y dime la verdad, mejor dicho, la verdad me parece que ya la sé.

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, lleguémonos al bar y allí me explicarás lo que has hecho estos días.

Sentáronse en una mesita y pidieron unos whiskys.

—A quién estás mirando tan intrigado? —preguntó Jubine a Alfredo.

—No hables alto—contestó éste—, fíjate en ese tipo que está sentado a nuestra izquierda. ¿Lo ves?, pues me parece reconocerle y no puedo recordar dónde.

—Bien, no te las des ahora de detective, el asunto Spiller te tiene a ti tan sin cuidado como a mí el año en que nació Tutankamen. A ti lo único que te interesa es cierta morena que habrás conocido aquí.

—¿La has visto?

—Ves como era una mujer? Pues sí, la he visto y sé mejor que tú lo que está haciendo a estas horas.

Alfredo se quedó mirando a Jubine como preguntándole qué significaban aquellas palabras.

—Estoy seguro de que te vas a sorprender cuando te diga que a estas horas está muy lejos de aquí.

—No es posible!

—¿Qué no es posible? Alguna vez te había

de fallar tu fama de donjuán. Sí; ha salido con dirección a París, en un avión.

—Te ruego, Jubine, que te dejes de bromas.

—Pero si no es broma. Mira, lee esta carta. Yo ignoro lo que pone, pero supongo que te debe explicar los motivos que la han obligado a tomar esa determinación tan rápida.

Alfredo abrió el sobre y leyó la carta de Nelly en que le decía que no podía explicarle el por qué de su huída.

El sobre fué a parar a los pies del caballero que antes intrigara a Stubert, y que no era otro que Sorenzo, quien reconoció inmediatamente la letra de Nelly, y levantándose salió del bar.

Alfredo quedóse unos segundos pensativo y después dijo:

—Jubine, ¿qué harías si te encontraras en mi lugar?

—Lo que yo haría no lo sé. Lo que tú vas a hacer sí. Ve inmediatamente a recoger tu equipaje y dentro de una hora salimos hacia París, en el último avión.

TERCERA PARTE

Al llegar Nelly al aereodromo de París, encontró a Isabel que la estaba esperando, avisada por Jubine de su llegada. Jubine tenía el convencimiento de que Nelly debía estar complicada en el asesinato del barón Spiller y creyó conveniente no perder su pista.

Isabel la acompañó a un hotel, y después se dirigió al periódico. Unas horas después Jubine y Alfredo se presentaban en la redacción de "El Globo".

Mientras Alfredo iba a ver al Director, Jubine le dijo a Isabel:

—¿En qué hotel se hospeda la muchacha a quien has ido a esperar?

—En el hotel Royal.

—Bien. Descolgó Jubine el auricular del teléfono y pidió comunicación con el hotel.

—Allá! ¿Hotel Royal? ¿Le señorita Nelly Irving?... ¿Cómo? ¿Que se ha cambiado de Hotel?... gracias.

—Me lo figuraba, Isabel, me parece que tengo una pista...

—¿Qué dice, Jubine?, ¿usted cree que ella?...

—Estoy seguro que Alfredo está entre las mallas de una poderosa intriga, y los hechos me dan ahora la razón.

—Jubine, es preciso salvarlo.

—No se apure, Isabel, ahora le tenemos ya aquí y puede contar en nuestra ayuda.

El director de *El Globo*, le dijo a Stubert:

—Lo siento infinitamente. Hasta el presente estaba contentísimo de su actuación, pero en este asunto ha obrado usted como un principiante. Me veo obligado a concederle reposo hasta nueva orden. No es que le despida, no. Cobrará usted como siempre, pero hasta que yo le avise, no es preciso que venga por estas oficinas.

Alfredo salió del despacho cabizbajo.

—¿Qué te ha dicho el Director? —le preguntó Jubine.

—Me da rabia hasta decirlo; me ha suspendido de empleo hasta nueva orden; preferiría que me hubiese despachado a esta humillación.

—Déjate de tonterías. Lo que a ti te conviene ahora es reposo. Vete a dormir, y mañana iré a tu casa y charlaremos. Tengo cosas interesantes que contarte, y quizás ahora tengas más trabajo que nunca.

Al llegar a su casa, Alfredo, una vez abierta la puerta, se quedó grandemente sorprendido y exclamó:

—¡Nelly! ¿Usted aquí?



—¡Júrame que no te separarás de mí!

—No se extrañe usted. Tenía que darle explicaciones por mi repentina partida de Ginebra. ¿Le desagrada encontrarme en su casa?

—¿Cómo puede decir usted eso?

Nelly se había quitado el abrigo y estaba

más tentadora que nunca. Alfredo la convidió a comer unos pasteles.

—Escuche, Nelly; en el hotel me pareció ver a...

—No me hable usted más. ¿Es que quizás tiene usted celos?

—¿Celos?

—Entonces, es que no le gusto a usted...

Nelly se había acercado a Alfredo, su cuerpo rozó la ropa de él, y sus brazos, con un movimiento lento, le acariciaron las solapas de la americana y le rodearon el cuello. Alfredo juntó su boca a la de ella que se ofrecía incitante y...

PRONTO

No deje de adquirir el interesante **Cancionero Popular Almanaque 1933**

Será una obra definitiva, que publicará los tangos más modernos, seleccionados y de más éxito.

Precio UNA peseta

CUARTA PARTE

A la mañana siguiente, Stuber y Nelly almorzaban en casa de él después de haber pasado una noche de pasión desbordante. Casi no comían, pues no habían agotado el repertorio de caricias y de besos.

—Alfredo—decía ella—, he pasado la noche más deliciosa de mi vida...

—Eres la mujer más extraña que he conocido. Me parece haber estado junto a ti desde siempre. Júrame que no te separarás de mí...

—Voy a ser un estorbo en tu vida...

—No digas eso. Yo soy absolutamente libre, y si lo deseas nada te impide a que te quedes conmigo.

Llamaron a Stuber al teléfono, y recibió recado del Director de *El Globo* de que se personase inmediatamente en el despacho.

—¿Te marchas?

—Sí. El Director me acaba de llamar. Quizá se ha arrepentido de dejarme inactivo y me va a encomendar algún trabajo.

—¿Tardarás mucho?

—No, procuraré volver en seguida. De todas maneras no te preocupes. Si tuviese que

estar fuera algunas horas te telefonearé desde la redacción.

Salió Alfredo, y Nelly, empezó a curiosear por la habitación. Encontró al azar una carpeta en donde guardaba Alfredo sus notas, y como curiosease en ella vió en seguida un dossier en cuya cubierta estaban escritas estas líneas: "Asunto Spiller". Nerviosamente ojeó aquellos papeles y pudo comprobar por las anotaciones que Stubert había escrito que suponía que el asesino del banquero Spiller era Sorenzo.

Tenía aún en las manos los documentos cuando llamaron al timbre de la puerta. Ella se dirigió a la puerta con objeto de ver quién era y al hacerlo lanzó una exclamación de sorpresa. El visitante no era otro que Sorenzo.

—¿Tú?

—Sí. Ya podías suponer que te encontraría; ¿o es que me consideras un imbécil y un incapaz?

—¿A qué vienes?

—No quiero que te rompas la cabeza pensándolo. Sencillamente: necesito dinero.

—¿Y qué?

—Que tú tienes que ayudarme a conseguirlo. Me parece que vas perdiendo la memoria.

—¿Qué te propones?

—No te hagas la desentendida. Vístete in-

mediatamente y me acompañarás otra vez allí...

—No me obligues a eso Sorenzo... te juro que le amo, ahora ya no podré.

—¿Que no podrás? Déjate de niñerías, Nelly. Piensa que esto que estás haciendo es una tontería. Este infeliz no tiene un céntimo y tú sabes que el otro...

—No importa, no iré.

Sorenzo, viendo que por las buenas no lo graría convencerla, la obligó a la fuerza a que le siguiese. Momentos después salían de la casa.

Momentos después llegaba Alfredo y encontraba la casa vacía.

El Director, que comprendía que nadie mejor que Stubert podía dar con la pista del asesino de Spiller, le había mandado llamar para que saliese inmediatamente con dirección a Berlín, con objeto de entreviuar al Americano Irwin, amigo íntimo de Spiller.

Preso de un estado de ánimo deplorable al comprobar que Nelly, sólo se había propuesto burlarse de él, y que había sido juguete suyo, tomó el tren que salía hacia Berlín.

Una vez allí procuróse informes del potentado a quien debía visitar y todas las personas a quienes se dirigió le dijeron que dicho señor era completamente refractario a dejarse entreviuar y que no lo conseguiría.

Alfredo decidió encomendar a la audacia el éxito de sus gestiones y se presentó en casa del americano a una hora completamente intempestiva: mientras estaban comiendo.

El criado que le abrió la puerta le dijo que su amo no podía en aquel momento recibirlle, pero él, sin hacerle el menor caso, se introdujo en la casa y penetró en el comedor.

Erwin, extrañado de su presencia, púsose en pie y dijo:

—Caballero, ¿qué significa esto?

Junto al potentado se hallaban su señora y su hija. Alfredo no contestó, permanecía en pie como clavado en el suelo, preso de un asombro inexplicable: la esposa del americano no era otra que Nelly.

Irwin, extrañado y molesto a la vez ante el comportamiento del intruso, le preguntó conminatoriamente:

—¡Vuelvo a repetirle qué significa su presencia aquí!

—Vengo de París con el solo objeto de hacerle una intervención.

—¡Esto es inaguantable! Ni en mi misma casa me van a dejar tranquilo. Pero le advierto que es inútil cuanto intente usted, pues no logrará sacarme ni una sola palabra — dijo Irwin arrojando con un gesto



— Alfredo, no me pregunte nada; váyase.

malhumorado la servilleta encima de la mesa y saliendo del comedor.

Su hija Mary siguió a su padre y se quedaron solos frente a frente Nelly y Stubert.

— Nelly, ahora soy yo quien tiene que

preguntarle a usted qué significa todo esto. No entiendo absolutamente nada de cuanto está sucediendo. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Alfredo, no me pregunte nada; váyase.

—No, no estoy dispuesto a tolerar que se siga usted burlándose de mí.

—No me he burlado nunca, Alfredo; ya le explicaré todo otro día. Se lo prometo; pero ahora es necesario que se vaya usted de aquí. Soy la legítima esposa de Míster Irwing y me está usted comprometiendo.

Mientras decía estas últimas palabras llamó con un timbre, y como se presentase un criado, le dijo:

—Acompáñe a este caballero.

Alfredo abandonó la casa sumido en la mayor de las confusiones.

QUINTA PARTE

Llegado al hotel tuvo Alfredo la sorpresa de encontrarse con Jubine.

—Buenos días, Alfredo. ¿Qué tal tu entrevista con Irwin?

—Esto es una canallada — respondió Al-

fredo. — ¿Merezco ya tan poca confianza que te mandan a ti para vigilarme?

—No digas barbaridades. Te traigo una carta del Director de *El Globo* en la que encontrarás la orden de salir conmigo hoy mismo con dirección a Eze-Sur-Mer, en donde el presunto asesino de Spiller ha sido señalado.

—Pero ¿se sabe ya quién es?

—Sí. Te voy a enseñar su fotografía y por ella reconocerás a un amigo nuestro.

—¿Qué dices?

—Sí, mira.

Cogió Alfredo la fotografía y lanzó una exclamación.

—Me lo suponía; es el hombre que encontré en Ginebra y el amante de Nelly.

—Pues debemos no perder ni un minuto, puesto que estos datos nos han sido proporcionados por la policía. Lo interesante será que no sea ella quien logre detenerlo, sino nosotros. Tú y yo tenemos que lograr esto y con ello volverás a recuperar tu fama.

A la mañana siguiente Stubert y Jubine se instalaban en una taberna de Eze-Sur-Mer, casi a orillas del mar, y desde donde se veía un chalet hermosísimo, escondido entre frondosos árboles.

La patrona les dió toda clase de detalles y les comunicó que un tal Lorenzo era el único

habitante del chalet y que permanecía en él solamente durante algunas temporadas.

—Escucha, Jubine. Es preciso que tú te quedes aquí, por si viene la policía. Procura entretenerlos...

—¿Y tú vas a ir solo?

—No te preocupes por mí. Seremos dos hombres cara a cara y yo prefiero estas situaciones.

—Bien; que tengas suerte.

Alfredo se acercó a la villa y penetró en ella saltando por encima de la verja de hierro que la cercaba.

El chalet, que era magnífico, tenía acceso por una escalera de cuatro peldaños, e inmediatamente se encontraba uno en el hall desde donde se divisaban varias salas.

Pudo distinguir Alfredo a Sorenzo que se hallaba ante una mesa de trabajo, escribiendo.

Sin hacer el menor ruido llegó Alfredo hasta colocarse a espaldas de aquél, y entonces le puso su mano en un hombro. Sorenzo lanzó una exclamación, y quiso abrir el cajón de la mesa con objeto sin duda de hacerse con un revólver, pero vió relucir en la mano de Alfredo el que éste empuñaba y cuyo cañón se le encaraba amenazadoramente.

—Es inútil cuanto haga. Está usted a mi disposición. Le advierto que la policía rodea

la casa y que a la menor señal mía será usted detenido.

—Entonces ¿qué pretende usted de mí?

—Quiero que me explique qué sabe usted del asunto Spiller.

—No sé nada.

—Déjese de niñerías. Quizá le vaya mejor contándome cuanto ha sucedido.

—No pierda usted el tiempo. No pienso contestar una palabra sobre lo que no sé nada.

Alfredo, sin dejar de amenazar con el revólver a Sorenzo, descolgó con la mano que le quedaba libre, el auricular, y cuando se disponía a llamar a la policía vió a Nelly que entraba en la habitación.

La sorpresa de Alfredo fué tan grande, que dejó el auricular encima de la mesa, y dijo con una mezcla de extrañeza y de desprecio:

—¡Tú! ¡tú! ¡la amante de un asesino!

—Te equivocas; él no ha matado a nadie. Quien mató al barón Spiller fuí yo.

—¿Tú?

—Sí, Alfredo, yo.

—¿Qué te propones al inventar esta historia? —dijo Alfredo, incrédulo.

—No invento nada. Sorenzo es mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Sí. Sorenzo amenazó a Spiller con publicar ciertos asuntos de los que él poseía



— ¿Tu hermano?

pruebas, y Spiller, por su parte, quiso hacerle detener.

— ¿Qué hacías entonces en casa de Irwin?

— Mi hermano me obligó a casarme con él porque tenía dinero, pero soy su legítima

esposa. Enterada de que Spiller iba a denunciar a mi hermano por chantage, fuí a verle al hotel, para disuadirle, y entonces quiso abusar de la situación; yo me defendí como pude. Loca, desesperada, porque aquel hombre iba a conseguir su infame propósito, pude coger un revólver que tenía encima de su mesita de noche, y casi sin darme cuenta disparé.

— Nelly — dijo Alfredo, acercándose a ella — ¿es verdad todo esto?

— Te lo juro, Alfredo. No sé lo que hubiera sido de mí si la casualidad no te hubiese traído aquella noche a mi lado. Tú me diste energías. Después me enamoré de ti. Eres el único hombre que me ha tratado con cariño, y me entregué a ti con toda mi ilusión y con todo mi amor. Ahora haz de mí lo que quieras.

Sorenzo, que estaba junto a la ventana, vió a varios hombres que se acercaban al chalet y avisó a Alfredo:

— La policía.

— Nelly, es preciso que te salve. Sorenzo venga usted con nosotros. ¿Hay alguna salida disimulada?

— Sí — respondió Sorenzo — : la salida que da al embarcadero.

Lograron llegar al embarcadero y los tres saltaron a una canoa automóvil, propiedad de Sorenzo, e inmediatamente dieron toda la

marcha y se dirigieron a la salida del golfo.

La policía se dió cuenta de que huían e inmediatamente salieron en su persecución. Esta duró varias horas. Una vez en alta mar, éste, que ya estaba picado, se enfureció, y los policías perdieron de vista a la embarcación de los fugitivos y decidieron volver a tierra en vista del temporal que se desencañababa.

EPILOGO

Isabel y Jubine, en la redacción de "El Globo", trabajaban tristemente.

—Jubine, ¿no ha sabido nada más de Alfredo?

—Sí — respondió aquél —: esta mañana he recibido un telegrama. Cuando un barco que iba a Túnez les recogió, creí que volvería en seguida; pero me dice que adora a aquella mujer...

Isabel hundió su hermosa cabeza entre los brazos y estalló en un llanto, silencioso, humano, profundamente desgarrador.

—No llore, pequeña: acuérdate de esto que le digo yo, que conozco a Alfredo de siempre: Cuando este cansado de ella, volverá...

FIN

SEÑORITA...

Quiere usted perfeccionarse
en la difícil tarea de guisar?

El tratado que acaba de aparecer

El Arte Culinario

le sacará de apuros, pues
contiene más de 200 fórmu-
las de platos suculentos y
escogidos, ponches, cocteles,
postres, helados, etc., etc.

Recopilación de

Dionisio Fernández Vidales
«Chef» del Majestic Hotel

Precio popular
UNA peseta

Pídalos hoy mismo antes que se agote a
Pedidos a EDITORIAL "ALAS"

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis